

PEDRO VÍLLORA: *Las cosas persas*

Pedro VÍllora

LAS COSAS PERSAS
(Poema dramático)

Premio Rojas Zorrilla

a quien se recupere tras la muerte

"Nótese que en Grecia se ha perpetuado, hasta dentro del cuadro mismo de la ciudad, el recuerdo de una función religiosa de los reyes, y que ese recuerdo ha sobrevivido bajo una forma mítica, la del rey divino, mágico, señor del tiempo, dispensador de la fertilidad. A la leyenda cretense de Minos, que se somete cada nueve años en la caverna del Ida a la prueba que tiene que renovar, mediante un contacto directo con Zeus, su poder real, responde en Esparta la ordalía que cada nueve años imponen los éforos a sus dos reyes, escrutando el cielo en el secreto de la noche, para leer en él si los soberanos no habrán cometido tal vez alguna falta que los descalifique para el ejercicio de la función real". **J.P. Vernant**

"Jenofonte, al llevar a los ejércitos griegos a las entrañas de Persia, es el primero en saber, con alguna certeza, las cosas persas". **G.Vico**

PERSONAJES

CORDELIA: Reina de Francia. Hija de Lear, pero de su misma edad. Preferiblemente anciana.

LEAR: Rey de Bretaña. Padre de Cordelia, pero de su misma edad. Preferiblemente anciano.

(CORDELIA, jadeante y cansada, habla)

CORDELIA: Lear, has estado nueve años fuera
y ahora vuelves a marcharte.
Tu estancia entre nosotros ha sido breve,
y no alcanza a compensar la desolación
de tu ausencia,
de esa ignorancia en que nos has tenido
con respecto a tu persona
y que es un antecedente molesto, inquietante, un precedente
de lo que tu próxima nueva marcha podría significar.
Los que padecemos en tiempos tu ida
como la prueba, ciertamente amarga,
de tu rigor real y, a la vez, voluble,
seremos quienes más sentiremos tu viaje,
para el que no hallaremos más justificación,
más causa, que tu indiferencia
y tu desdén. Advierte, padre querido,
que no hacemos presunción de estas acciones;
bien al contrario, han sido expresadas
con verbos en tiempo futuro, inexorable,
afirmaciones de lo que no puede
no suceder. Así será si,
y sólo ahora introducimos un condicional,
si efectúas unos planes en los que no alcanzamos

a reconocernos. Eso no nos satisface,
y nuestro deseo es que aceptes
por más tiempo la hospitalidad
que tan gustosamente te brindamos
y por cuyo rechazo podríamos,
a nuestro muy pesar, considerarnos
definitivamente insultados. Entenderás
que no deseemos constatar un desprecio
del que has proporcionado, y es una lástima,
pruebas abundantes. La demasía nos duele y corrompe
nuestra estimación propia y, con ella,
nuestro afecto por tu causa.

Ni a nosotros nos congratula esta situación
ni a ti te conviene, y nos ha sorprendido esa falta tuya
de reflexión. Impropia de un dirigente,
de un rey, tu decisión provoca una sospecha
que apetece muy poco verificar. Sabemos,
sin embargo, que podrías usar las leyes naturales
para exculparte, pero ni tú ni nosotros creemos
en ellas, ni queremos advertir que ya estás viejo.

(Aparece LEAR)

CORDELIA: Así tendríamos la ventaja de verte tal cual eres,
y con ello no entendemos cansado, agostado,
vicioso, egoísta, mezquino y ruin,
pero si una verdad se impusiere, ésa
sería tu condición de padre, y un padre es
eternamente joven.

LEAR: ¿Habras en nombre de otros
o acaso has aprendido a utilizar el plural
de otra condición que me corresponde?

CORDELIA: Tu negligencia lo enmohecía
por la falta de costumbre, y nosotros
aceptamos el sacrificio de vivificar

las expresiones. Contentar a nuestro pueblo es una vocación que ejercitamos con placer, y el lenguaje asegura estar especialmente agradecido. Sí, usamos un tono mayestático, y tu reconocimiento del mismo nos infunde esperanzas de que aún no estés echado a perder.

LEAR: Si era la experiencia de mi persona lo que precisaban esas palabras, y si preciso es que yo me quede, y me quedase, quizá yo mismo podría ejercitarlas con más autoridad y fuese tu disposición devolvérmelas.

CORDELIA: Olvidas que Francia nos ha conocido su soberana, y desde tal altura te hablamos. Puedes dirigirte a nosotros como quieras, pero advierte que la dignidad que ostentamos hace mucho que la has perdido.

LEAR: ¿No soy o soy un rey?

CORDELIA: Pregunta si lo pareces y no contestaremos, pues si exigimos que te quedes es por reinstaurar un respeto que consideramos necesario para ambas partes. Pero es en verdad que tienes razón y que debemos alterar los tratamientos, pues entendemos que tu demanda no carece de lógica.

LEAR: A mi vez entiendo que estás anquilosada por años de costumbre, y que si no empiezas tú seré yo el ofendido y me marcharé dejándote una afrenta que pronto se tornará sentimiento de culpa. Eso te dolerá, lo sé, y te lo habrás buscado tú sola con palabras estúpidas y acometidas gazmoñas. Permites que tu debilidad te aparte de tu objetivo,

que no es otro sino obtener de mí
la permanencia junto a ti y en tu hogar;
pero si no cambias de estrategia me perderás
y pasarás otros nueve años sin verme. Tú
sabrás si te interesa, pero recuerda
que ya no estás hecha una joven suave
de muslos calientes y ágiles dedos.

CORDELIA: No me molestáis, padre.

LEAR: Pero te sientes molesta; ¿cómo entender,
si no, tu cesión, tu cambio?

CORDELIA: Como una...

LEAR: ... ¿concesión?, ¿súbita?

CORDELIA: Como una muestra de mi capacidad para entenderos.
¿Es preciso hablaros con cortesía?;
está bien. ¿Elevar el tratamiento o, mejor,
las formas como ese tratamiento se expresa?;
de acuerdo, no tengo ningún problema
para adaptarme a vuestras exigencias, si con ello
basta para haceros cambiar el ánimo, las formas
de vuestro ánimo. Y si, por último,
fuese igualmente preciso rebajar
las apariencias de mi propia condición,
¿por qué no avenirme a ello, si así logro
de mi padre que su inclinación vuelva a mí
como reclaman, constantes, las formas?

LEAR: Finalmente, aunque tarde, mi hija ha aprendido el valor formal.

CORDELIA: Vuestra ironía es escasa.
No deberíais gastarla en intentos tan vanos.

LEAR: Mi querida hija, no serás tú
quien me enseñe el uso mejor
que deba dar a mis palabras. Un rey
tiene prerrogativas sobre el lenguaje,
y no es baladí su decisión de ejercitarlo de tal
o cual manera en una u otra ocasión.
La ocasión lo es todo, el lugar,
y si este lugar no lo frecuento,
¿qué te hace pensar que es por un desagrado que a la vez
sea rechazo, y no por inseguridad,
por mi incapacidad para entenderlo, y con él a ti?

CORDELIA: ¿Una debilidad? Me ofendéis.

LEAR: ¿Ahora también?

CORDELIA: ¡Ahora! Sé muy bien vuestros motivos
para no venir, y en ellos no está el repentino
ataque de pudor que me servís
como añagaza. La duda
no es un valor categórico para vos;
simplemente la ignoráis. Sin embargo
es bien significativo que hayáis pretendido
involucrarme emocionalmente en vuestra causa.
Tal vez así pudiera parecer que solicitáis
mi aquiescencia, pero temo
que os mueven el engaño, la ambición, la impudicia.

LEAR: No sois caritativa conmigo.

CORDELIA: No sois justa conmigo: ésa
es la respuesta que un padre
habría dado a su hija. Si no es la justicia
sino la lástima el sentimiento a que os aferráis,
demostráis un olvido que afecta a vuestra condición
de padre y, aún más, a vuestra condición
de rey. Confirmáis mi legítimo derecho a ser injusta,

pero no me apenáis.

LEAR: Mi querida Cordelia...

CORDELIA: Yo no soy la querida Cordelia de nadie.

LEAR: ¿Y me guardas rencor por eso? Como quieras.
Cordelia, hija mía, ¿mejor así?,
me duele ver en ti a una mujer
tan amargada. Me duele, también, saber
que soy yo, o así crees y eso es lo que importa,
el responsable de tu situación, de tu desdicha,
pero dejo a tu voluntad la decisión última.
No puedo hablar más claro.

CORDELIA: Estáis jugando conmigo, y no lo merezco;
nadie merece que se burlen de él
por aquellas faltas de las que no es responsable.
Si yo hubiese sido una de las doncellas
que frecuentan alcobas y que se ocupan
de limpiar, enaltecer y guardar en el seno
vuestra inmundicia, no habríais querido escarnecerme
con saña tan mala. Pero yo he sido vuestra
hija bienamada sin haberlo pretendido, y de esa mancha
ni procuráis olvido ni otorgáis perdón.

LEAR: La vida es dura, ya lo sabes.

CORDELIA: Pero yo no soy un lugar común.

LEAR: ¿Y a mí qué me cuentas?
No se puede prescindir de convenciones.

CORDELIA: Lo sé, lo sé, pero no es a propósito.
Os juro que no las conozco.

LEAR: Entonces tienes un serio problema.

CORDELIA: Enseñadme; hacedme partícipe de ellas.

LEAR: Basta, yérguete. No quiero verte suplicante.

CORDELIA: Suplicante, sí. Por favor, os lo suplico.

LEAR: Tu figura es ridícula. Levántate.

CORDELIA: Y andaré, pero enseñadme, y seré como queráis que sea.

LEAR: Esta situación me fatiga y me marcho con tus hermanas.

CORDELIA: Cambiaré, lo prometo, con vuestra ayuda.

LEAR: No me interesa. Adiós.

CORDELIA: Pues tened buen viaje, pero advertid que vuelve a ser Lear responsable de los daños de Lear; los daños y las penas. Y son éstas cuitas que permanecen aunque se escondan, y cada cierto tiempo retornan y se manifiestan con vehemencia virulenta y singular. Pensadlo bien, o pensadlo sin más, antes de salir del castillo que os acoge y que en todo momento es delator de mi influjo y símbolo de mi protección. Aunque mi situación es estable, y ni pierdo ni nada obtengo por ello, seré tan franca con vos como vos no lo fuisteis con vos, aunque sí conmigo. Sé muy bien por qué habéis estado estos nueve años fuera, sin acogeros a la parte del trato que me corresponde y me obliga y que, si bien lo he pensado, jamás me he decidido a impugnar. No os pregunto ni me interesa lo que dijeseis al respecto, pues no os creo proclive, dispuesto,

a reconocer la verdad última del proceso
que habéis desarrollado en estos, para vos,
largos nueve años. Tal es mi bondad
que no os pido aquello que en más preciáis:
respirad
y guardaos todas vuestras razones y palabras;
me basta como excusa vuestro amago de presencia aquí.
Así pues, sabed
que no espero de vos el relato
pormenorizado de los conflictos emocionales
que os movieron a la completa inamovilidad.
Vuestras emociones me son conocidas mejor
que por vos mismo, y si queréis como prueba
el nombre de aquella que os ha dominado,
que ha ejercido un real poder real,
imperioso, sobre la testa coronada
que un día reinó, sabed
que sé su nombre, y su nombre es Vergüenza¹.
Vergüenza, del latín *verecundia*:
turbación del ánimo, que suele encender
el color del rostro, ocasionada por alguna
falta cometida, o por alguna acción deshonrosa
y humillante, propia o ajena. Vergüenza:
pundonor, estimación de la propia honra;
hombre de vergüenza. Vergüenza: encogimiento
o cortedad para ejecutar una cosa.
Vergüenza: acción que, por indecorosa,
cuesta repugnancia ejecutar,
o deja en mala opinión al que la ejecuta. Vergüenza:
pena o castigo que consistía en exponer al reo
a la afrenta y confusión pública
con alguna señal que denotaba su delito;
sacar a la vergüenza. Lo mejor,
en plural; vergüenzas: partes externas
de los órganos humanos de la generación.

¹ Cfr. "Diccionario de la Lengua Española", vigésima edición. RAE-Espasa Calpe. Tomo II, p. 1379.

Catarse vergüenza: tenerse respeto o miramiento una persona a otra estando presentes. Y la contraria, especialmente pensada para vos; perder uno la vergüenza: abandonarse, desestimando el honor que según su estado le corresponde. En este punto Edmundo, el sarcástico, habría dicho: ¿avergonzado? Yo, más sutil o, también, más recatada, no me atrevo a invocar en mí los atributos de mi hermano, y prefiero, cortedad prudente, no infligir más dolor ni más vergüenza que aquella que de por sí, o de por vos, sentís.

LEAR:

¡Sentís! Sentido, sentimiento, sentimental, disentir, lo siento. ¡Sentís!

¿Sentís vos? ¿Yo siento? ¿Qué sentís?

¿Cómo?, ¿cuánto?, ¿cuándo sentís? ¡Sentís!

Permitidme que os remede, que os repita: sentís.

¡Ah, qué sonido, qué articulación! ¡Qué finura, qué perfección instrumental la vuestra! Sentís: qué palabra tan distinta gracias a vos, a vuestra audacia. Tracción, contracción; avance, retirada; visto y no visto; está y estuvo.

Tenéis una lengua prodigiosa, hija mía: discernid en dónde la metéis.

Veo que os complace mi grosería:

anotemos la importante perversión. ¿Calláis aún?

Entiendo entonces que no tenéis nada que decir o entiendo, quizás, que esperáis respuesta que mejor os satisfaga.

Dejadme pensar, dejadme pensar. Algo hallaré, no permitáis que mi silencio os disturbe.

Que sean mis palabras las que alteren vuestra paz, vuestra conciencia, pero no la demora en pronunciarlas,

pues no es que carezca de ellas,
sino que aún pondero su grado de crueldad.
Expresad alguna preferencia:
¿han de ser palabras que anulen mi persona, ésas
que sirven de escarnio y de penitencia,
y que humillen mi deshonra y me postren ante vos?
¿Tenéis inclinación por las defensas exaltadas
o quizá optáis por aquellas cuya violencia se oculta
y se ensordina tras una apariencia aristocrática que sea,
en verdad, precisamente aristocrática? Como veis
estoy dispuesto a todo sin hallarme
personalmente incitado por nada,
pues deseo por una vez ser yo
el paciente de la decisión ajena, vuestra,
presumiblemente equivocada. Os creo estúpida,
pero os reconozco el derecho a continuar siendo así.

CORDELIA: Si el miedo, querido padre,
el miedo y la vergüenza supiesen de ti
menos de cuanto sé,
me convertiría en instructora suya de técnicas
para atenazarte. Pero tú, vos,
dais pruebas continuas del trato antiguo
que mantienen con vos. Ocupan el lugar
del que expulsaron a la ira y la demencia,
pero evitaron más enfrentamiento aliándose
con la crueldad, la ingratitud y la mezquindad,
si bien ésta última tal vez no sea
sino una licencia poética en mi lectura.
¿Sois reo de mezquindad, padre?
Tampoco ahora espero, deseo, una respuesta.
En su lugar contestad a esta otra pregunta:
¿qué se puede pensar de quien,
poderoso de nombre, belicoso de historia,
notable de porvenir, y bien entendéis
que hablo de un rey, demuestra orgullo tal,
vanidad tan desmesurada, que exige

de aquellas que por nombre aman,
que admiran por condición y que por carácter temen,
exige la manifestación no privada, no íntima,
no veraz,
no ni siquiera verosímil, sino pública,
obscena, exhibicionista, impúdica manifestación
no de amor, ni de afecto, ni de sentimiento alguno
medianamente digno, configurador
del sujeto oferente, activo,
sentimiento en cambio de anulación,
dependencia, fascinación, vinculación, satelitismo,
abnegación a ultranza,
y ello sin más fin que la adulación
estéril y sin mejor consecuencia
que el envilecimiento de las
no otra vez
amantes descendientes?
Ahora sí aguardo vuestra opinión,
que atenderé como merece,
y no os privéis de participadla en virtud
de la experiencia que podáis recordar,
pues yo me haré cargo, con objetividad contrastada,
de las vacilaciones en que, por despiste involuntario,
pudierais incurrir.

LEAR: La dicha de los padres es saber a los hijos
comprensivos con sus faltas, y así,
el instinto que en tiempos te prefirió
sobre tus hermanas, al oírte se regocija.

CORDELIA: No me perdonaría que trasluciesen sesgos gratuitos
en mi desprecio por vos. Sois mi padre, y por ello
merecedor del más cuidado de mis odios.

LEAR: Sabedor de lo cual, encuentro en ti
la confianza y el asco que impidan cicatrizar heridas
ciertamente ya no sangrantes, pero nunca antiguas.
Tus palabras constriñen,

restañan las dudas desbocadas en torno a tu origen,
pero la incoherencia de tus argumentos confirma
la nobleza de tu sangre.

CORDELIA: Si hija de mi padre no fuese,
mi felicidad no estaría cuestionada.

LEAR: Si tu integridad es un mito,
tu felicidad una metáfora.
Al menos el dolor regenera mis errores, pero tú
padeces un mal que se crece en las palabras.
Por desgracia eres mi hija bienamada,
como tú misma te has apresurado a recordarme, y así,
sometido al deber paternal que sobrevuela mi espíritu
dirigiendo los actos que la delicadeza estima
más personales y estrictamente propios,
el llanto que reprimes se transfiere a mí y anega
el reducto de mi cordialidad. Sufro
y padezco lo que tú, sabiamente,
te niegas a sufrir y padecer,
pero este sacrificio es
de naturaleza no verbal, y por ello mismo
no comprensible por quien, como tú,
sólo sabe, y se equivoca,
del valor de los discursos. No has superado aún
tu carácter de hija, y por eso
no me puedes entender. Ya ves;
es tan sencillo como esto,
y en absoluto lo complicado
que en tus circunstancias reprobables se formula.
Es la inmolación²: acción y efecto de inmolar.
Inmolar, del latín *inmolare*:
sacrificar una víctima; ofrecer una cosa
en reconocimiento de la divinidad; dar
la vida, la hacienda, el reposo, etcétera,

² o.c., p. 775

en provecho u honor de una persona o cosa.

CORDELIA: Permíteme que continúe en la malicia:
yo soy la víctima sacrificada, la cosa
ofrecida en reconocimiento de tu divinidad,
el etcétera dado en honor de tu persona
y en provecho de tu cosa. Eso soy yo,
la última y menor de todas tus preocupaciones.
Pero esta insignificancia que te escucha
está a punto de tomar venganza,
pues nueve años son muchos y hasta yo
he aprendido a distinguir en el regalo la trampa
y en la seducción el engaño. Así
que puedes empezar a inquietarte con motivo,
pues no lograrás de mí la entrega como hija
que reemplace al padre en el momento de la pasión.

LEAR: ¿Y si yo te dijera que la sustitución
elimina los traumas? Recobrarías la razón
a la entrega de un delirio.

CORDELIA: Pero haciendo mía tu condena.
Con sudores ancianos no se vence
a las mujeres infecundas.

LEAR: Estoy muy viejo, Cordelia;
por mucho que te esfuerces
no sobrepasas mi edad.

CORDELIA: Nunca te veo cuando miro atrás.

LEAR: Mi destino es otro, mi fortuna.
Si me siento y descanso,
primero viene el abandono,
y luego surges tú
con tus hermanas: Gonerila
que, cansada de su diáboló,

lucha con Regania por el suyo,
que es igual, y tú,
que te enredas las piernas con la cuerda del tuyo
y sólo al romperlo te logras liberar.
Me habéis costado una fortuna en juguetes,
pero si no sabéis jugar no vale la pena.

CORDELIA: Con adaptar las reglas termina el problema.

LEAR: Hazlo.

CORDELIA: No es un buen momento.

LEAR: Vamos, hazlo. Inténtalo.

CORDELIA: Es mejor que no insistas.

LEAR: ¿Por qué no? Yo te ayudo.

CORDELIA: Si tú me ayudas, entonces tendremos problemas.

LEAR: Así verás que el problema eres tú.

CORDELIA: Y dentro de nueve años volverás
a decir lo mismo, y tras otros nueve años será
lo mismo otra vez, como siempre ha sido
y siempre ha de ser, según tú.
Está visto que la dialéctica del cambio y tú
carecéis de relación vinculante.

LEAR: ¿Estás alterada, Cordelia, cariño?
He creído detectar nuevamente
esos pequeños estertores que preludian
tus crisis nerviosas.

CORDELIA: ¿Estás enfermo, padre,
creador de mis días?

Parece resonar en tus palabras
un eco de senilidad.

LEAR: Creador de tus días, que no
responsable de tus actos. En verdad, hija mía,
que estás hecha para el consuelo.
Si aprendes de tus hermanas la indispensable hipocresía,
tal vez logres reducir la distancia entre mis visitas.

CORDELIA: ¿Tan bueno es el servicio de mis hermanas?

LEAR: ¡Más que eso! Satisfactorio,
apetecible, digno de un rey.
El pobre Edgardo fue un gran bribón.

CORDELIA: Nueve años entre ellas, y aún las extrañáis.
Me preocupa el declinar de mis encantos.
Pero antes se me quiso, fui
mercancía sumamente codiciada;
¿qué decís vos?

LEAR: Tus recuerdos y los míos no siempre coinciden.

CORDELIA: Pero es algo concreto
lo que os atrae de ellas; algo
en que han debido cambiar,
pues no me lo explico si las pienso como entonces.
Quiero saberlo, ¿cómo son?

LEAR: ¿Físicamente? Siguen siendo hembras,
de eso no hay duda.

CORDELIA: Insisto. Esto me interesa.

LEAR: ¿Celosa, Cordelia? Esto sí es interesante.
Tus hermanas son mujeres
y ni en eso coincidís.

CORDELIA: Guardaos las burlas para mejor ocasión.

LEAR: Es una broma, Cordelia;
¿acaso dudas de mi afecto?

CORDELIA: No más que de vuestra aversión.

LEAR: Tu peligro es conocerme, y así te condenas.
O disimulas o me dejas sin alternativas.
¿No me entiendes?

CORDELIA: Cordelia escucha y obedece.

LEAR: Cordelia, Cordelia...

CORDELIA: Cordelia es sumisa.

LEAR: No juegues conmigo.

CORDELIA: Cordelia es una niña pequeña; Cordelia es pasiva.

LEAR: Vas a lograr que me marche.

CORDELIA: Cordelia es paciente; Cordelia espera.

LEAR: ¡Ay! ¡No sé qué voy a hacer contigo!

CORDELIA: Cordelia quiere a papá.

LEAR: Cordelia es peligrosa.

CORDELIA: Cordelia es buena.

LEAR: Cordelia copia a Cordelia;
repite sus gestos, sus ritmos.
Imita sus palabras, los tonos, las miradas,

los alientos. Lear
ve en Cordelia la imagen de Cordelia;
sabe que es falsa,
que está hueca como un huevo sorbido,
pero Lear se engaña, ¿a conciencia?

CORDELIA: Cordelia sabe que Lear la mira, lo intuye.
Presiente sus dudas y se esfuerza en ser doble,
Cordelia-Cordelia. Lear conoce el engaño,
pero lo evita. Cordelia potencia su cebo,
revela su presencia y fuerza el encuentro...
que no llega.
Lear comprende la estrategia antes de tiempo y no decide,
pero actúa en consecuencia.

LEAR: Lear es rey.

CORDELIA: Y Cordelia.

LEAR: He dejado dicho que sería breve.

CORDELIA: ¿Habéis prevenido?

LEAR: Sí.

CORDELIA: ¿Os aguardan?

LEAR: Sí.

CORDELIA: ¿Os marcháis?

LEAR: Me marchó.

CORDELIA: Os marcháis.

LEAR: Debo daros las gracias.

- CORDELIA:** No os retengo.
- LEAR:** Gracias otra vez.
- CORDELIA:** Pero antes de iros...
- LEAR:** ¿Sí?
- CORDELIA:** Debo saber si he de esperar por otros nueve años.
- LEAR:** Es lo justo.
- CORDELIA:** Perfectamente claro; pero...
- LEAR:** ¿Sí?
- CORDELIA:** Debo saber si me confirmáis una visita para dentro de otros nueve años.
- LEAR:** Todo sigue como hasta ahora.
- CORDELIA:** Magnífico, lo celebro; pero...
- LEAR:** ¿Sí?
- CORDELIA:** Debo saber si vendréis vos después de otros nueve años.
- LEAR:** ¿Si seré yo quien venga?
- CORDELIA:** Sí.
- LEAR:** Pues sí, Cordelia; seré yo quien venga a visitaros en el plazo de otros nueve años.
- CORDELIA:** Comprendo, señor, eso era todo; pero...

- LEAR:** ¿Pero qué, queridísima Cordelia?
- CORDELIA:** Que quisiera no causaros un disgusto o un contratiempo, pero no me encontraréis si venís en nueve años.
- LEAR:** ¿Tenéis previsto algún desplazamiento que ignoro, hija mía?
- CORDELIA:** No es mi intención molestaros, padre mío, pero ya no soy la niña querida que fui; querida aún sí, pero no más una niña.
- LEAR:** Pero, pequeña, ¿qué cosas son esas? Cuando descanses y lo pienses verás que carece de importancia.
- CORDELIA:** No quiero crecer.
- LEAR:** Ser mayor es maravilloso. Maduras y mejoras todas tus cualidades.
- CORDELIA:** Tú eres mayor y no has mejorado nada.
- LEAR:** También te haces desagradable si de pequeña sólo eres perversa.
- CORDELIA:** Si te marchas ahora, me mataré y no habrá nadie para recibirte dentro de nueve años.
- LEAR:** Te cuidarás mucho de actuar a tu manera y contrariar el menor de mis deseos.
- CORDELIA:** Mi voluntad se independiza, me posee y me inunda, y obedezco a mis instintos, ni siquiera a mis deseos.
- LEAR:** Si sucumbes a la embriaguez, no abuses del vino de España.
- CORDELIA:** Soy más joven, más fuerte.
- LEAR:** Eres más joven, menos segura, más débil.

CORDELIA: Una gallina no abandona a sus polluelos en la tormenta, pero tú me rechazas contra mí.

LEAR: No soy tu madre.

CORDELIA: Soy tuya; soy libre.

LEAR: Eres mía; no me perteneces.

CORDELIA: Moriré.

LEAR: Crecerás. Serán nueve años sin verme.

CORDELIA: Te vas con Regania, con Gonerila, con Edmundo.

LEAR: Tienes hermanos que ya son personas.

CORDELIA: Tus hijos te adoran; sólo yo te detesto.

LEAR: Tú no has aprendido lo que es odiar.

CORDELIA: Pégame, dañame. ¿Te gusta mi piel?
Rómpela, cómetela. Escúpeme,
insúltame, despréciame.

LEAR: Te escupo, te insulto, te desprecio.

CORDELIA: Tu saliva: derrámala sobre mí. Tus manos:
pégame, cierra los puños y pégame, Lear.
Mata mi cuerpo, Lear; mátame.

(CORDELIA muere y desaparece)

LEAR: Lear, has estado nueve años fuera
y ahora vuelves a marcharte.
Tu estancia entre nosotros ha sido breve,

y no alcanza a compensar la desolación
de tu ausencia,
de esa ignorancia en que nos has tenido
con respecto a tu persona
y que es un antecedente molesto, inquietante, un precedente
de lo que tu próxima nueva marcha podría significar.
Los que padecemos en tiempos tu ida
como la prueba, ciertamente amarga,
de tu rigor real y, a la vez, voluble, seremos
quienes más sentiremos tu viaje,
para el que no hallaremos más justificación, más causa,
que tu indiferencia y tu desdén.

(Aparece CORDELIA)

LEAR: Ese mismo desdén que nos es ya conocido, habitual,
indispensable para aquel de nosotros
que desee caracterizarte; esa misma indiferencia
ya observada en el contraste de tus actos,
cuando la ambigüedad se hace norma
no por mayor empleo menos espontánea,
pues debe más a la dejadez
que a la intención de un juego creativo.
No adviertes, Lear, que el de mandar
es oficio noble y asexuado, propio
de quienes hemos superado pasiones y actos;
por eso la realeza es un don hereditario,
alma transmigratoria que depura su conciencia,
su deseo, su halago. Los reyes que son padres
siguen siendo hombres, y no han culminado
la potencia de imperar. Nos, mujer estéril,
no tenemos quien nos vaya a suceder: somos perfecta.

CORDELIA: La reina deja a Francia sin herederos.

LEAR: La reina de Francia es su propio heredero.

CORDELIA: De Cordelia, Francia heredará su arrogancia hipócrita y femenina, oculta, insospechada.
La astucia de Cordelia sabe envolver de misterio la necesidad, y ofrece, excitando el apetito, alzándolo a la náusea, abrigo de impiedad donde guardar el alimento de los pocos años. He criado a Cordelia, a vos, y jamás supe entender la razón de vuestra inocencia, indispensable, sí, e inseparable de la modestia de una hija tercera pero, por su artificio, sospechosamente natural.

LEAR: Lo fingido de mi propio fingimiento no excusa la verdad de mi actuación.
No soy falsa al declarar mi amor por mis dos patrias: soy dual.

CORDELIA: Hembra y reina a la vez. El hombre que reine en vos...

LEAR: Con ningún hombre volveré a ser sincera.

CORDELIA: La sinceridad era una de vuestras más peligrosas cualidades. La más.

LEAR: Hoy estoy decidida a mentiros.
Siento el ánimo dispuesto para ejercer las constantes de mi sexo, constantes que, por fortuna, no he de esforzarme en disfrazar de virtuosas.
Por eso mismo no os extrañéis si, súbitamente, me veis replegar mis fuerzas y exponer mi pasividad; es la actitud que me conviene para permitir os dirigir la conversación. Con mis respuestas seré yo, comprendedlo, quien realmente os guíe al resultado final, pero el preguntar os hará creer que la acción es conducida por vuestro designio.

CORDELIA: ¿Quién sois?

LEAR: Yo soy la directriz, hija del señor de su cuerpo.
Sin más misión que serviros al gobernaros,
ni más fin que mostraros la soledad en los encuentros.
Os doy aquello que una vez conocisteis,
y extraigo de vos el misterio que ambos ignoramos.
Soy voluntad que marca, poder, el vuestro
del que ya no disponéis. Pero sonreís
y aun por dentro os reís de mí,
porque sabéis que nada de lo mío importa
en vuestros actos, y que soy
incapaz de influir al no poder hacerme presente.
No me sentís y, en efecto, vos sabéis.

CORDELIA: ¿Sé? Sé lo que soy,
y hasta cierto punto creo saber lo que sois,
pero no sé lo que decís.

LEAR: ¿No, monseñor? Me limito a usar palabras femeninas,
expresiones que sin duda conocéis; no por vos,
que no tenéis razón para emplearlas,
sino a través de aquellas de mi condición
cuyos senos habéis hozado.

CORDELIA: ¡Ahora os sigo! No es femenina esa expresión, sino cerda.

LEAR: Puerca.

CORDELIA: Puerca o cerda, ¿qué más da?
No es viril insultar con un juego de palabras,
pero tampoco la hembra se consuela en los sofismas.

LEAR: ¿Qué sabéis vos de nosotras, las hembras? Vos,
que os contentáis repitiendo los encuentros
con vuestras hijas masculinas.

CORDELIA: Por insolencia o por error os atrevéis a preguntar;

¿o intentabais, simplemente, una ofensa más?
Pretendéis saber de mí y, así,
os respondéis a vos misma. No es posible hablar
con quien sólo escucha sus palabras, y tú,
mi querida Cordelia, no tienes nada que decir. Me voy,
una vez más, otra vez, acaso la última; y agradécelo,
pues sólo en el silencio salvarás tu discurso.

LEAR: Acabáis de decir que sabéis lo que sois,
y os he creído. Pero habláis también de insolencia y error
y, en efecto, estoy equivocada.
Me sorprende lo poco que os conocéis.
A vuestra edad aún no habéis aprendido
a criticar vuestra conducta, la forma y motivos
de vuestra conducta, la causa.
Sois ignorante, acaso por saberlo todo,
y ya nada os sorprende y nada os esforzáis por comprender.

CORDELIA: Y tú no sabes mentir. Estamos en paz.

LEAR: Nunca ha habido guerra entre nosotros.

CORDELIA: Error mío. Mientes muy bien.

LEAR: Será porque me aburro.

CORDELIA: ¿Se trata de un nuevo insulto?

LEAR: Una forma de hablar.

CORDELIA: Has dicho que usarías palabras femeninas
para llegar mejor a mí pero, ¿por qué será
que no me excita hablar contigo?

LEAR: Eres simple, Lear. Quieres ser mi reflejo
y crees que con ello me irritas.

Pero yo soy la más fuerte, la real,
y aunque te esfuerces no me veo deformada en ti.

CORDELIA: Es cierto que soy simple porque soy hombre,
aunque rey, y soy fácil. Carezco de doblez,
no la conozco. En cambio tú eres hipócrita, por mujer;
y además de falsa eres tú mi copia,
pues es mi herencia la que crece en ti,
mientras que a mí no me has dado nada.
Sé que te cansas porque yo me hastío,
y sé que te hastías porque pierdo el interés en discutir.
Ya sé que no dirijo la conversación: la anulo.

LEAR: ¡Padre!

CORDELIA: ¿Sí?

LEAR: Eres parte de mi historia.

CORDELIA: ¿Cómo ser parte de lo que no existe?

LEAR: No digas eso.

CORDELIA: De lo que no importa.

LEAR: No me quieras dañar, padre; no me quieras.
Sé muy bien lo que vale mi historia:
nada; sin ti no vale nada,
y ni aun contando contigo creo que pudiese ofertarla
en el más persa de los mercados.

CORDELIA: Así que reconoces a quién se lo debes todo.

LEAR: Al pelícano que me engendró.

CORDELIA: No eres fruto de una estrella virginal.

LEAR: No las hay.

CORDELIA: ¡Qué sabrás tú!

LEAR: Habrías acabado con cualquiera de existir.

CORDELIA: Me conoces muy bien.

LEAR: Se te ve venir.

CORDELIA: No te quites mérito.

LEAR: No todo lo que te afecta lo tiene.

CORDELIA: Será un defecto a corregir.

LEAR: La soberbia no me viene de ti.

CORDELIA: Pues no demuestras carecer de ella.

LEAR: El mal no es privativo tuyo.

CORDELIA: ¿Te crees mala?

LEAR: No más que tú.

CORDELIA: Sería improbable.

LEAR: No tan difícil.

CORDELIA: Decididamente, la tuya es una soberbia particular.

LEAR: Y tu engreimiento, de espíritu.

CORDELIA: Y tu actitud, impropia de una hija supuestamente arrepentida.

LEAR: ¿De qué? No soy culpable de nada.

CORDELIA: ¿Ni de quererme siquiera?

LEAR: Ni de dejarme querer.

CORDELIA: No volveré a intentarlo. Eres rencorosa y hábil,
como una catástrofe oportuna,
e inmediata.
No pides una segunda oportunidad, ni la ofreces.
Lo que no cuenta para ti lo niegas a los demás.
Y lo demás soy yo, más agradable que tú,
más humano y accesible.
He necesitado tu paz y tu perdón, tu presencia,
para ponerme en mi lugar. Pero tú te eludes
y exiges más y más de mí, más humillación,
más sacrificio. Lo tienes todo,
y no he dicho que no lo merezcas,
pero yo soy un padre, y soy un rey,
y reclamo lo que es mío por derecho
y no por haberme sido regalado.

LEAR: Guarda para otros tus indirectas,
tus arrebatos de doblez, hombre afeminado.
Nada es mi culpa y nada es mi herencia de ti.
Mi reino es sólo mío, y mi poder,
y mi gloria, y mi alcoba, y mi lecho,
y mi regazo es mío también,
y agoté mis lágrimas en conseguirlos
y reservarlos para mí, sólo para mí.

CORDELIA: Si tu egoísmo te basta, no entiendo que intentes retenerme.

LEAR: ¿Yo a ti? Márchate, si es tu gusto.
No me haces falta.
Sólo eres el imbécil que usurpa mi cuerpo.
Sin ti me liberaré. Vete con ellas;
lo estás deseando. Tus hijas te aguardan,

tu bastardo espera por ti. ¿Qué haces que no te vas?
Lucha por tus deseos.

CORDELIA: Existe un trato...

LEAR: Sin firmar, un trato sin firmar, un contrato invisible.

CORDELIA: Hay un acuerdo que respetar.

LEAR: Eso dices tú. Yo diré otra cosa.

CORDELIA: El pacto ya fue discutido.

LEAR: No me acuerdo de nada.
Soy desmemoriada, retrasada mental.
¡A lo mejor mi origen es la coyunda
de unos primos carnales! ¿Es así?
¿Seré hemofílica también? Padre,
me haces temer por mi sangre.

CORDELIA: Eres el desprestigio del estigma real, el oprobio
de una impronta de designio divino.
Si lo tuyo es ser reina, que no me llamen rey.

LEAR: ¿Dónde vas? ¿Qué licencia has pedido para retirarte?
Vuelve aquí. ¿Qué atrevimiento es ese
de marcharte sin mi autorización?

CORDELIA: Creí entender que vuestro deseo era permiso y, más aún, orden.

LEAR: Cuando quiero algo lo pido
muy claramente, sin dar opción
a ambigüedades. Quédate.

CORDELIA: Solicito perdón.

LEAR: ¿Te quedarás?

CORDELIA: ¿Debo contestar a eso?

LEAR: Me causaríais un inmenso placer.

CORDELIA: Sería un honor para mí.

LEAR: Me tenéis a vuestro servicio.

CORDELIA: No, por favor. Eso no.

LEAR: Sí, sí. Eso sí. Insisto.

CORDELIA: Como gustéis.

LEAR: Como vos deseéis.

CORDELIA: No. Vos.

LEAR: No, no. Como vos.

CORDELIA: Si vos lo pedís...

LEAR: Si vos lo queréis...

CORDELIA: Os lo ruego.

LEAR: ¡Cómo no!

CORDELIA: Sea así.

LEAR: ¿Así?

CORDELIA: Así.

LEAR: Sea.

CORDELIA: Bravo.

LEAR: Fantástico.

CORDELIA: Insuperable.

LEAR: Inconmesurable.

CORDELIA: Inmarcesible.

LEAR: Extraordinario.

CORDELIA: Indescriptible.

LEAR: Inefable.

CORDELIA: Impecable.

LEAR: Fabuloso.

CORDELIA: Grandioso.

LEAR: Monstruoso.

CORDELIA: Inaudito.

LEAR: Incomprensible.

CORDELIA: Imprevisible.

LEAR: Preocupante.

CORDELIA: Pero real.

LEAR: ¡Real!

CORDELIA: Como vos.

LEAR: Como vos también.

CORDELIA: No sé si he llegado a responderos.

LEAR: ¿A qué?

CORDELIA: Ya no me acuerdo.

LEAR: Tampoco yo.

CORDELIA: Creo que debo marcharme.

LEAR: Quizá sea mejor así.

CORDELIA: Pero me quedaría.

LEAR: ¿Lo haríais?

CORDELIA: Sólo si lo pedís.

LEAR: Os lo pido.

CORDELIA: ¿Me lo pedís?

LEAR: Os lo ruego.

CORDELIA: No.

LEAR: ¡No me dejéis sola!

CORDELIA: Un rey está siempre solo.

LEAR: La soledad me asusta.

CORDELIA: No hay compañía a vuestra altura. Nadie es digno de vos.

LEAR: Tú eres mi padre, y eres rey como yo.

CORDELIA: Ya no.

LEAR: Para mí no habéis dejado de serlo.

CORDELIA: Si eres mi hija eres mi esclava.
Si eres reina, yo soy tu enemigo.

LEAR: ¿Por qué te sometes al juego del poder?

CORDELIA: Porque me conviene.

LEAR: No has venido a traerme la paz.

CORDELIA: ¿Ves cómo es mejor para ti que me vaya?

LEAR: Pronto morirás, Lear, pero te dejaré saber
que soy yo quien te mata.

CORDELIA: Me gusta cuando hablas claro.

LEAR: Ya estás advertido.

CORDELIA: No es fácil hender el honor de Cordelia,
pero es posible. No sería un hombre guerrero
si dejase escapar la ocasión. La ocasión lo es todo,
el matiz.

LEAR: Es un riesgo introducirse en mi lugar de veda.

CORDELIA: He pasado otras veces por esta situación.

LEAR: ¿Y no te asusta?

CORDELIA: ¡Qué más quisierais, hija mía!

- LEAR:** Lo mejor de mí es la diligencia,
pero me cuesta hallar la respuesta que os merecéis.
Acaso sea porque me dais pena.
- CORDELIA:** Pues no te preocupe tanto mi suerte, que no depende de vos.
- LEAR:** Mis dependencias os acogen.
- CORDELIA:** Pero me negaríais el pan y la sal.
- LEAR:** Como vos a mí.
- CORDELIA:** Prueba. Ven a visitarme.
- LEAR:** Déjame que ría, estúpido rey del aire,
que en todas partes está y ninguna es tu reino.
Reinas porque tú lo dices,
mas tu reino es la palabra, que no conoce fronteras
pero tampoco estados. Grito "rey" y mi voz se extiende
y llega a ti y te traspasa; todos saben lo que eres.
Te regalo esa palabra: "rey". Tuya es.
Ahora dime en qué lugar la guardas.
- CORDELIA:** Si reinas en Francia, lo debes a mí.
- LEAR:** No.
- CORDELIA:** Sí. Mi decisión sacó a la luz al ser necesitado.
Y permíteme callar "hombre" al referirme a tu marido.
"Ser" es mejor, palabra que señala pero no define;
como rey debo ser preciso
y no encubrir la ambigüedad con la mentira.
La contradicción de tu esposo, que, como vos,
sin ser hombre es rey, es un baldón para Francia,
y, a la vez, una vergüenza para nosotros,
los menos y mayores de sus más iguales.

- LEAR:** Las ventajas de ser reina
de mi rey de Francia
son sutiles en exceso
para un ejemplo de vuestra virilidad.
Hay que ser hija mancillada, deshonrada,
despojada de la herencia prometida, privada
del futuro preparado, para entender
el cariz del sacrificio del amor
y de los cuerpos. Por amarme demasiado
me negasteis seguir siendo vuestra hija,
y abocándome a la Francia me habéis impuesto
una conciencia masculina. ¿Qué debo agradeceros?:
¿los hijos que ya no tendré?; ¿la herencia
que sólo a mí puedo legar? ¿Quién,
sino mi rey francés,
habría hecho de su esposa una reina, su reina?
Ahora mi placer es personal; no tomaréis parte.
- CORDELIA:** El duque de Borgoña no estaría a vuestro mando.
- LEAR:** El duque de Borgoña no me necesitaba;
con él sería madre y mi descendencia, realidad.
- CORDELIA:** No te quejes tanto, mujer que fue precisa.
Me quedaré contigo y haremos que Francia se prolongue.
- LEAR:** No serás padre de Francia.
- CORDELIA:** Pues seré tu rey.
- LEAR:** No me has visto bien. No me conoces.
Francia no estará de nuevo sometida
al capricho de los reyes. Mi compromiso es con ella,
patria que es de reinas.
- CORDELIA:** Francia te ha cambiado la insignia del sexo.

- LEAR:** Me la cambiasteis vos,
al engendrarme quizá en tinieblas y lugar vicioso.
- CORDELIA:** Eres depositaria de una deposición real.
Enorgullécete. Tienes en la luna un numen tutelar,
así tu alma es oscura.
- LEAR:** Prefiero a la fiera, a la cerda que me habita.
La luna es mujer de un solo ojo,
mujer que sabe poco pues poco ve.
Pero yo no me agoto en el mirar. Muerdo.
Y tú, Lear, aún no has gustado los colmillos de una cerda salvaje.
- CORDELIA:** He vivido más que tú. Admítelo de una vez.
Sé los trucos, la estrategia de tu sexo. Domino
todo aquello que me pueda lastimar. No te tengo miedo.
Tienes el peligro de un guisante envainado.
- LEAR:** Padre querido, soñaba con el día
de apenarme por ti, y ha llegado. Pena me das,
lástima. Quieres ser hombre y no eres ni rey,
cosa tan fácil. No hay tragedia en ti: eres grotesco.
- CORDELIA:** Quizá yo no sea sino el bufón de mi rey;
aun así sería un firme bastión de lo esperpéntico. Pero tú,
privada de condición, careces de país, de función.
Eres fragmento de gratuidad, ser inútil, ser vil.
- LEAR:** Que ya no es tiempo de reyes, puede ser,
pero nadie ha venido a desbancarme.
En Francia, la reina es su propia alternativa.
¿Traes tú otra? No, no me digas que eres tú;
no me molestes con propuestas ya pasadas.
- CORDELIA:** Nos toca reinar sin súbditos que nos detengan el paso.

LEAR: Se fueron todos.

CORDELIA: Morirían.

LEAR: Son muchas guerras, y hay ocasión para morir.
Si fue así, fueron afortunados.
Un súbdito que muere por su rey muere
por la gloria, pero si la reina fuese la primera en caer,
Francia se desmembraría confundida por el caos. Mi reino soy yo.

CORDELIA: Cierto, pero nada más que vos.
Ningún otro cuerpo os pertenece.
En ningún otro habéis reinado.

LEAR: Estoy harta de impertinencias.
Sois un destronado, un don nadie.
Confundís mi caridad con pleitesía. Y no es así.

CORDELIA: Rinde tu cabeza. Dame los honores
que me debes. Si quieres tu lugar,
es con respecto al mío. Lo que tú seas,
antes lo he sido yo. Copia borrosa, desecho,
materia de segunda mano.

LEAR: Soberano de tu pesadilla en una cáscara de nuez.
Tu territorio es tan amplio, tus fronteras tan extensas,
como larga la vida que te resta, y esa es breve.

CORDELIA: ¡Cómo necesitas que huya de ti!

LEAR: ¿Yo? Tengo todo; sólo carezco de necesidades.

CORDELIA: Y de astucia. Te crees compleja,
pero yo te veo transparente.
Sobrevaloras tu inteligencia y no consideras
la minuciosa labor de mi análisis. Aprende de una vez
que nada acabará con mi amor por ti.

- LEAR:** Hipócrita. ¿Cómo te atreves a hablar de amor, fingidor, maestro consumado de ficciones? Expón un solo argumento, una única prueba del afecto debido a tu vástago. Te reto. No sabes cuánto me asqueas. Pretender ahora que me amas, tú, a mí, que soy la única que ha ofrecido amor.
- CORDELIA:** No te quiero descubrir, y no diré que mientes como un cocodrilo tras el banquete. Comes a mi costa, y vomitas un cariño descarnado.
- LEAR:** Soporta mi sinceridad como yo recibo tu enloquecida fantasía. El amor es atributo femenino, impropio de un rey inhumano, masculino y envejecido como vos, articulación enmohecida. Soy más joven y mujer, pero reina, y no apreciáis mi magnanimidad al concederos mi amor.
- CORDELIA:** Acaba la exhibición de tu bazofia. Eres descastada y arrogante, incapaz de sentir. Soy tu padre por voluntad mía, no tuya. Dependes de mí, y, como un dios, amo la creación que podría destruir.
- LEAR:** No compitáis con emociones. Mayor es la de una hija desolada por la certeza de un padre castrador. Me emociona pensar en vos, en el magnífico pedazo de bestia malherida que sois, en el hermoso muerto que haréis.
- CORDELIA:** Especulas con mi imagen, y te arriesgas a tenerla nueve años frente a ti. Sería buen castigo obligarte a tu función, pues estás aquí sólo para albergarme. Pero te amo demasiado

y no te daré un gusto que exceda
al de un momento de pasión. Me voy, pero volveré.

LEAR: Quédate conmigo. Permíteme odiarte.

CORDELIA: Viciosa; el disgusto es un pastel
que podría empalagarte. Mejor harás llorando
por mi marcha, creando un recuerdo a tu medida.
Sólo si me olvidas me obligarás a regresar.

LEAR: Iluso mío, cuántas cosas quieres de mí.
¡Y estás olvidado! Si amenazas con volver
seré yo la que se marche.

CORDELIA: ¿Y dónde crees que puedes ir sin mi permiso?
Es obvio que tu sitio está aquí.
Pertenece a un lugar inamovible,
y debes cuidar tu puesto a mi servicio.

LEAR: Húndete en la miseria, que yo sabré estar lejos
cuando pidas que te ponga a flote. Soy una reina
y tú eres mi padre; si continúas sobre mí
no me convienes. Es tu fin o el mío;
te concedo elegir.

CORDELIA: Si muero tendrás tantos padres como hijos,
en cambio yo sé hacer que las cópulas prosperen,
y no se me ha perdido el oficio de engendrar.

LEAR: Sé consecuente; tu mejor mitad la guardo yo.
Soy la más fuerte, la más capacitada.

CORDELIA: Eres un peligro más, y el rey opera por un peligro menos.

LEAR: Otra amenaza y levantaré a Francia contra ti.

CORDELIA: Amenazas tú, y mi pueblo me exige repeler las agresiones.

LEAR: Tu pueblo soy yo, tu única súbdita.

CORDELIA: No; tú eres reina y yo también. No cabe la amistad entre los dos.

LEAR: Si quieres algo de mí, toma mi miedo; tuyo es.

CORDELIA: Tu miedo es muy valioso, pero siempre ha sido mío.

LEAR: ¡Mi súplica! Acéptala, es de buena calidad.
Cógela en tus manos y aprecia lo que vale una súplica real.

CORDELIA: Me has regalado con todas tus palabras; ¿para qué otra más?

LEAR: ¡Pero debe de haber algo de mí que te falte!

CORDELIA: Y lo voy a tener.

LEAR: No lo hagas, Lear.

CORDELIA: Estoy obligado.

LEAR: No me mates

CORDELIA: Es lo que tengo que hacer.
Todo rey ha de acabar con su heredero.

LEAR: No estoy preparada.

CORDELIA: Tampoco yo.

(LEAR muere y desaparece)

CORDELIA: Lear, has estado nueve años fuera
y ahora vuelves a marcharte.
Tu estancia entre nosotros ha sido breve,
y no alcanza a compensar la desolación

de tu ausencia,
de esa ignorancia en que nos has tenido
con respecto a tu persona
y que es un antecedente molesto, inquietante, un precedente
de lo que tu próxima nueva marcha podría significar.
Nos haces cavilar las razones de tu ida,
y sólo alcanzamos a entenderla como prueba
de tu inconstancia en los afectos.
No sabemos por qué, Lear, padre querido,
estimas en tan poco la compañía nuestra,
estima que, no lo ignoras,
no es correspondida en medida igual. Nos
deseamos proclamar nuestra inclinación
por tu causa y tu persona,
y afirmamos nuestro orgullo de sentirnos
miembro de tu estirpe. Cordelia
es hija y amante de Lear, y por tal suerte Francia
es hija y amante de Lear también.
Así es Lear doble rey,
pues a su corona nominal de la Bretaña une
su patria potestad sobre la Francia
verdadera, la Francia
real.
Sea vuestro hogar el castillo que os acoge
y que no es mío ya. Sea vuestra
la tierra que os fue extranjera
y que ahora holláis.
Sea vuestro, por fin, el cuerpo que se humilla ante aquel
de quien un día surgió. Acercaos, Lear,
padre mío y gran señor, y tomad
la escasa ofrenda de esta sierva vuestra
que nada más tiene para daros.
Pero no venís,
no os oigo aproximaros ni decir una palabra,
y quisiera creer que aún no os habéis ido.
Os habrías despedido, ¿verdad, Lear?
Habrías dado un postrer saludo,

siquiera un gesto, un ademán,
a la última y menor de todos vuestros hijos.
¿No es así?; ¿no es cierto, padre, rey y señor mío?
Calláis aún,
¿o acaso es tan ligera y sutil vuestra voz,
vuestra palabra, que parece sin acariciar
mi indigno corazón?

(*Aparece LEAR*)

CORDELIA: Quizá os hayáis ido; quizá no
y mi culpa sea excederme en el pedir. Yo
os doy todo de mí,
aquello que he ganado y aquello que me corresponde,
lo regalado y lo que fue conquistado,
lo alcanzado en paz y el botín de las victorias.
Os doy a mí misma,
pero no os doy nada, pues nada tengo
que no os haya siempre y por siempre pertenecido.
Y ante mi ofrenda, menos que insignificante,
mi atrevimiento y mi irresponsable orgullo os molestan
solicitando que la aceptéis. Disculpad
tanta ambición, perdonad
tanta codicia acaparadora de la atención vuestra.
No os dirijáis a mí, no lo merezco.
No toméis mis posesiones,
que sueño son.
No escuchéis mi voz,
dominada por la necedad y la locura.
Loca estoy de amor por vos, ida soy,
desaforada.
Si permanecierais aquí una semana más,
un día, una hora,
me entregaría a vos y a vuestro castigo.
No he sabido agradaros,
no habéis gustado de mí,
y lo que ningún padre olvida, ningún rey lo perdona.

Pero la lógica impone sus ritmos,
y ella me indica que os habéis ido ya,
y que habré de esperar otros nueve años, nueve
largos años,
para veros otra vez.
¿Qué haré hasta entonces, Lear, padre mío, mi dios?
¿Con qué cubriré el vacío de mi espera?
¿Cómo seguir sin saber tu furor presente?
Misterio de lo inefable,
que sólo por ti vivo y debo vivir sin ti.
Compadécete de mí, y no repitas más que tu intención es volver;
que no lo sepa,
que esa promesa es dicha y condena al tiempo,
alivio de esperarte
y agonía de tenerte que esperar.
Pero no escuches mi aturdido ruego,
no amenazas con no regresar.
Sabes que aguantaré,
que resistiré y reprimiré mi duelo,
pues al fin te veré, mi ser supremo, perfecto, ideal.
Soy feliz, porque te has ido
pero no para siempre,
y tu retorno será ambrosía para mi aliento
y fermento para mi piel. Tú volverás, y yo..., yo...,
lloro, gimo, peno.

LEAR: Mis ojos son nuevos para ti.
Tienes la belleza de un hombre femenino... y enamorado.

CORDELIA: ¡Vos! Estáis aquí. Creí que os habíais ido.

LEAR: ¿Sin avisar, a la francesa?

CORDELIA: No soy digna de que estéis en mi casa. No os merezco,
abandonadla. He dudado de vos.

LEAR: Lo sé, pero ¿acaso no dudé yo primero?

CORDELIA: No habléis así;
no precisáis regalarme para saberme rendida ante vos.
Veros lo es todo para mí; oíros, además,
es un don excelso que podría consumirme de placer.
Padre mío, mi dicha, mi bien.

LEAR: Mi vida eres tú. Muero cuando tú pereces
y renazco si tú me lo concedes.
Soy yo quien se postra y te pide perdón.
Tú eres la humildad y la entrega silenciosa y recatada,
pero indispensable;
de mi historia, protagonista real.
Me recojo ante ti y te honro, te venero,
y solicito tu misericordia y tu piedad.

CORDELIA: ¿Qué debo decir? ¿Qué circunstancia es esta,
cuya realidad me aturde y me supera?
¡Mi padre ante mí!
¿Cuándo se ha visto prodigio semejante,
inversión de la costumbre, desorden tal?
¿Cómo habrán de estremecerse los tiempos al descubrirlo!
El mundo ha entrado en época de confusión y decadencia.
No hay palabras para describir el triunfo de la incertidumbre.

LEAR: Constatación de la realidad sospechada.
Llámalo así y no habrá lugar de que te equivoques.
Otros se impondrán con su aburrida precisión,
signo este sí de decaimiento.
Tú has de creer en lo que ves,
y confiar en tu propio poder.

CORDELIA: ¡Pero vuelvo a dudar!
Estáis atacando mis convicciones, mis convenciones.
Yo no quería que os fueseis
pero vos os debíais ir.

LEAR: Y yo habría preferido odiarte y abandonarte,
y no amarte como te amo. De tal suerte es mi sino,
y el tuyo es aceptarlo,
porque además de ser gracia del destino,
es la respuesta que ansía tu deseo interior. Cree en mí,
que te conozco aún mejor que tú misma,
pues es mayor mi devoción por ti
que aquella que te tienes; sólo en eso te supero.
Y bien sabido es que el amor nos hace sabios
y acrecienta en nosotros la tentación de conocer.
Por amor he pecado yo, he sucumbido,
y por amor alcanzaré la gloria celestial
si me das tu compañía.
Seamos lo que un día fuimos;
seamos la unidad;
seamos expresión viva del conjugar de los espíritus.
Ese es mi sueño, y es también el tuyo
con timidez para expresarse; pero estoy aquí,
y has de desechar todo temor y toda prevención,
porque ahora es Lear quien vela por Cordelia,
quien la protege.
Dame tu advocación, que tú ya estás bajo la mía.
Deja a tu mayor devoto acercarse a ti,
déjalo renacer al despertar iluminado por tu sonrisa.
La sonrisa de Cordelia,
el gesto tan a menudo desdeñoso, frío, justiciero.
Lo que pido es de ley, es de justicia;
de justicia poética, si se atiende mejor a tu lenguaje,
pues el tuyo no es otro que lenguaje de musas,
música callada, aliento visual.
Reprimes tu voz
y veo que escuchas sin oír mis palabras,
pues no necesita de artificios quien habla
con aspectos de emoción. La mía llega a ti, mi sentimiento,
y su código ignoto es traducido por ti
y comprendido y, quiéralo así el poder ultraterreno,
aceptado como estímulo de tu sereno deleite.

No digas nada,
no creas obligado proferir algún sonido.
Me basta con saberte aquí,
con descubrir alborozado que no te has ido.
Tu silencio es mi esperanza; tu mirada es mi valor;
tu presencia, mi razón para vivir.
Soy feliz;
nada me falta.

CORDELIA: Eres feliz, nada te falta. Qué bien. Pero yo...
¡Oh, cielos!, ¿por qué me abandonan las palabras?

LEAR: Abandónate a la idea; déjate llevar. Ella te guía.

CORDELIA: Mi consuelo es creer que no sabéis lo que decís.

LEAR: Y el mío que tú conozcas de qué estamos hablando.

CORDELIA: Nuestros caminos no son los mismos. Los recorridos no coinciden.

LEAR: Anduvimos juntos mucho espacio. No sigamos separados.

CORDELIA: Puedo resistirlo todo, mas no que habléis de amor.
¿Por qué os burláis de la hija que tanto os quiso?

LEAR: ¿Mi cariño es una afrenta?

CORDELIA: Vuestro cariño no, mas sí la manera que tenéis de manifestarlo.

LEAR: Me impulsa la urgencia por encontrarme retenido en el castillo.

CORDELIA: ¿No os queréis ir?

LEAR: No.

CORDELIA: Pero no podéis quedaros.

LEAR: Me es imposible.

CORDELIA: Y yo habría de impedirlos vuestra marcha.

LEAR: Es indispensable.

CORDELIA: ¡Así que esa es la razón de tanta comedia!
No es por mí; ¡es por vos! Traidor,
villano mal nacido. Villano, sí,
nunca más rey. Infame jugador. Escoria.

LEAR: Me has entendido mal.

CORDELIA: No hay nada que entender.
Todo es un intento de escarnio, una intriga de reclutas.

LEAR: Estás totalmente confundida.

CORDELIA: Sí, y obcecada, y estúpida
por no haber reconocido ralea como la tuya.
Estarás orgulloso de engañar así a una muchacha virginal.

LEAR: Sois una mujer casada.

CORDELIA: Soy doncella.

LEAR: Aun así te equivocas,
a no ser que me estés probando
por alguna duda sin desvanecer.

CORDELIA: Vos me obligáis, me conducís a ser desconfiada.
Esa es la condena de las hijas rechazadas.

LEAR: ¿Acaso no ves que necesito tu amor,
que estás hecha para el consuelo?

CORDELIA: Ya lo tenéis.

Recordad que jamás os he privado de él.
Pero una cosa es amaros como os amo,
con tanto frenesí y tanta intensidad,
y otra es aguantar vuestras palabras,
que sólo encubren un espejismo de simulación.

LEAR: ¿Por qué os obstináis en la duda?

CORDELIA: Porque Lear no es Lear, que es doble;
y el amor de un rey por su súbdita o su igual,
no es el del padre por la hija que habita en el retiro.
Lear lleva nueve años sin ver a Cordelia,
y Cordelia ha estado los mismos nueve años
sin recibir la menor noticia de Lear,
de su padre bienamado. Ahora venís y,
como siempre, al poco insistís en marcharos,
pero no lo hacéis,
y en su lugar me traéis un discurso de palabras escogidas,
exquisitamente seleccionadas; dispuestas, diría,
por una mano de mujer. ¿Cómo no dudar
si no me habláis con vuestro lenguaje,
sino con el mío? No quiero ver, pero veo,
una confabulación con mis hermanas, un engaño
con ignoro qué oculta intención.
Sabéis de mi amor como yo sé del desprecio
en que todos me tenéis. Y así
vuelves mi dicha contra mí; me la das
y después querrás arrebátarmela.
Pretendes aniquilarme en la pasión,
verme gozar antes de tejer una trama de dolor
en torno mío. Te ensañas
con lo mejor que hay en mí, y por eso yo
te aborrezco.

LEAR: He creado un monstruo en ti.
Pudiste ser mujer y eres bestia por mi culpa.

CORDELIA: Eso sí va contigo: la ofensa, la mala intención.

LEAR: Pero aún estamos a tiempo de depurar nuestros errores y regenerar lo humano que nos falta.

CORDELIA: ¿Qué designio me hizo un piélagos de sinceridad?
Ni siquiera tengo la opción de mentirme a mí misma,
y así me acucia el sinsentido, la pesadumbre, la acidia.
No decís nada que no quiera escuchar;
todo es perfecto y conveniente;
incluso el escarceo mordaz es eficaz.
Pero no me conmueve
que todo tenga una función que cumplir
y la cumpla; me sorprende, eso sí,
me intriga y me llega a molestar.
Habéis venido preparado en exceso de intenciones.
No sois espontáneo. No sois natural.

LEAR: Claro que no soy natural; si lo fuese
no sería previsor, no podría gobernar. Y yo
soy un rey, no lo olvides,
y para moverme a la acción debo darme una orden,
crearme un estímulo, y este
es un proceso artificial y, por lo mismo,
estrictamente humano.
Mi humanidad me induce a amarte,
y yo sigo sus consejos
sin arrepentirme por estar haciendo lo correcto.

CORDELIA: Vuestro cariño no me ayuda, no me satisface.
Yo no aspiro a ser correcta, sino precisa.

LEAR: Y yo preciso de ti.

CORDELIA: No os creo. No os puedo creer.

LEAR: ¿Qué quieres que haga? Tú me conoces. Confía en mí.

CORDELIA: No me dais motivos.

LEAR: Soy tu padre.

CORDELIA: Eres padre de muchos. Ese es el problema.

LEAR: Así que es eso; ya salió. De tu queja,
aun si fuese lógica, no me siento responsable.

CORDELIA: Pero lo sois. Si no os sentís a vos mismo,
¿por qué ibais a tener sentimientos por mí?
¿Debo hacer un discurso sobre la lógica de mi discurso?
No os reduzcáis a la simpleza. Ningún rey se vitupera
ni se enciende en panegíricos propios.

LEAR: ¿Qué faltas tienes que achacarme?
He sido hombre, padre y rey a la vez.
He sido tres veces más que cualquiera. Aún lo soy.
En todo momento me he comportado
conforme a la condición correspondiente,
y jamás un atributo se ha impuesto a los demás.

CORDELIA: ¿Eso es lo que sois, o lo que os habría gustado ser?

LEAR: Eso es así, y tú lo aceptas y basta.

CORDELIA: Alégrate de no poder mentir,
porque todo tú eres el engaño.
Engañaste a tu amigo con su puta
y alumbraste un hijo al que llamaste ahijado.
Pero yo no soy Gloucester, no tengo familia
ni hombres que adhieras a tu servicio.
A mí podrías tratar de engañarme con mis hermanas,
y quizá lo intentes,
pero ningún nuevo Edmundo saldrá de esa relación.

LEAR: El rey de Francia te preñó de hiel.

CORDELIA: Gelatina asquerosa eres tú.
Vete de mí, excrecencia viscosa.
Gelatina es tu piel, tu leche y tu semilla.
Gelatina es el feto abortado en tus entrañas, yo,
la mucosa segregada del pecado.
Tú eres un engendro infernal,
un atentado al orden sagrado de la Naturaleza.
Padre y madre a la vez,
rey hermafrodita, excipiente menstrual.
Ama a mi madre si quieres dar tu amor.
¿Dónde está ella? ¿Por qué no la conozco?
Has secuestrado mi infancia, la clave de mi vida.
Sin ser niña he sido esposa en virtud de tu sagrada voluntad.
Ahora a mí, huérfana de siempre,
considérame viuda.

LEAR: A tu edad la inteligencia desaloja los traumas,
los desocupa y habilita su lugar.
Pero tu mente se me antoja revestida a la moda persa:
sucia, raída, andrajosa.
Hablas en términos que te son desconocidos.
No dominas la situación;
pareces inexperta en el arte del reino,
tan falta de práctica como en el acto de procrear.
Puede que tengas razón:
si tu cuerpo es reflejo de tu mente, ambos son inmaculados,
y por lo mismo estériles.

CORDELIA: Porque aprendo de la vida, aprendo de ti.
No creas que tomo la experiencia en vano.
Si aún fuese pura e inocente,
sin vacilación sería tuya en este instante,
pero no hay mayor perversión que la pureza,
y por consiguiente desconfío de tu nuevo aspecto iluminado.
He sido muchas veces testigo

y víctima
de tu furor y tu parcialidad,
y aun de esta última fui en algún momento la mayor beneficiaria,
pero todo ello es ejemplo de inconstancia y volubilidad.
Ofreces amor; puede ser,
pero no seguridad.

LEAR: Yo he sido una madre para ti.

CORDELIA: Pero no la que necesitaba.

LEAR: Eres mi hija.

CORDELIA: Pero sólo para tu capricho.

LEAR: Si nada más fuese un padre, lloraría,
pero los hombres no lloran
y un rey no cree en las lágrimas.
Si alguna vez la tuve, necesito recuperar tu confianza.
Mi tiempo expira, y debo expiar el mal de mi pasado.

CORDELIA: ¿Por qué?

LEAR: ¿Por qué, qué?

CORDELIA: ¿Por qué dices que tu tiempo expira?

LEAR: Por nada. Es una frase hecha.

CORDELIA: ¿Un tópico?

LEAR: Sí, un lugar común.

CORDELIA: Ah, ya. Y, ¿por qué?

LEAR: ¿Por qué?

CORDELIA: Sí: por qué. ¿Por qué usas el tópico de que tu tiempo expira?

LEAR: Es una forma de hablar.

CORDELIA: No me llames estúpida, Lear. Mucho cuidado.

LEAR: Mentiría con mucho descaro. No es mi intención.

CORDELIA: Insisto.

LEAR: Me estoy haciendo viejo, Cordelia. ¿No lo ves?

CORDELIA: Yo también. Es ley de vida.

LEAR: Pero no como yo.

CORDELIA: ¿Para envejecer también eres especial?

LEAR: Tú eres lozana, gallarda, altanera.
Tienes las carnes magras y prietas, como antes.
Hueles a vida, aunque sea vida de santa varonil.
Pero yo..., quizá no haya otros nueve años para mí.

CORDELIA: ¿Estás muriendo?

LEAR: Sí.

CORDELIA: Entonces tienes un serio problema.

LEAR: Por eso debo hacer las paces contigo.

CORDELIA: Estoy tentada de negarme.

LEAR: Privar de quietud a un padre es pecado mayor.

CORDELIA: La tentación aumenta.

- LEAR:** Los hombres y los reyes mueren en la guerra
a manos de otros hombres,
pero los padres son muertos por las hijas.
- CORDELIA:** Si no creo en tu amor, ¿por qué he de dar crédito a tu agonía?
- LEAR:** Eres ignorante en materia de hombres.
- CORDELIA:** ¿Olvidas que tus hijas crecieron junto a Edgardo de Gloucester?
¿Y que después estuvimos casadas?
¿Qué más va a mostrar Lear de lo que esconden los hombres?
- LEAR:** Tu intención es obscena,
y eso casa mal con tu leyenda.
Pero no me extraña que involucres lo sexual:
ya no sabes qué inventar para dañarme.
- CORDELIA:** Dañarte es fácil, y sólo me atrae lo difícil.
Lo difícil me gusta, me sienta mejor.
- LEAR:** Lo difícil es restaurar en ti la inocencia.
Cordelia ingenua es Cordelia pura, completa,
Cordelia-Cordelia. Tratar contigo ahora implica
ahondar en el sarcasmo, en las galas de oropel,
en la endeble integridad de la sardonía,
que no nace de alegría interior.
Tu felicidad es una metáfora,
y te aprovechas de mi mal como recreo.
- CORDELIA:** Estás pidiendo a gritos compasión,
pero yo derramo el acíbar y el rencor que inundan mi silencio.
Canta el centinela mi hora de venganza,
y si contemplo el fin de Lear
es signo de mi vitalidad.
- LEAR:** No fundes tu existencia en mi caída.
Podría ligarte con hilos de afecto

y llevarte conmigo al país de ciclos perpetuos.
El territorio de mi pasión no hace frontera con tus tierras:
se superpone.

CORDELIA: Tu lengua es muy ágil para ser la de un cadáver.
¿Tu bula contempla la licencia del lenguaje?
Si es así renueva los votos,
que por delirar no se ha muerto nadie.

LEAR: ¿No te cansas de no amar?

CORDELIA: Me canso de no ser amada.

LEAR: De no aceptar el amor que se te ofrece.

CORDELIA: No me corrijas; te sobra el amor propio y es lo único que das.

LEAR: Lo tendrás por herencia.

CORDELIA: No te quedan propiedades que legar.

LEAR: ¿Qué quieres de mí?

CORDELIA: Tú me has dado todo y yo nada te pedí.

LEAR: Entiendo que mi último lecho no me aguarda en tu castillo. Me voy.

CORDELIA: Pudo estar aquí: tu último lecho.
Pero tu opción fue clara y sin ambigüedades.
Cordelia rechazada ya no es Cordelia: que sea Francia,
pero Francia es otra cosa.
Porque te amo
no me compadezco de ti; porque finges amarme
te repudiaré al término de otros nueve años.

LEAR: Repito que me voy.

CORDELIA: No te retengo. Te gustaría que lo hiciese, pero no lo haré.

LEAR: Aún tienes ocasión para salvarte.

CORDELIA: Es tu salvación la que está en juego.
El muerto eres tú; yo no voy a morir.

LEAR: De pequeña no eras así; nada hacía predecible tu resultado actual.

CORDELIA: Ya, ya sé que Cordelia era la mascota de la casa; puro animal.

LEAR: Cordelia era un tierno albaricoque,
igual de jugosa y apetecible. Cuando lloraba,
sus lágrimas vertían un sabor salado,
pero de sus pechitos manaba una leche
dulce y cremosa, y en lo oculto de su ombligo
y en el hueco de su garganta
criaba aromas de canela y ajonjolí.
Su cabello era mata de tomillo, romero y albahaca,
y sus piernas exprimían zumo de pomelo y granadina.
Cordelia era sustancia ligera y persistente,
nada empalagosa. No venía a uno; siempre aguardaba.
Era el postre que sabe esperar su turno en el servicio,
nunca el bombón que se evaporó en el aperitivo.
De Cordelia gusté la delicia de los pocos años
y los ojos tostaditos de almendra.
Fue el banquete delicado y exquisito
que emociona preparar y que nunca se olvida.
Esa es mi Cordelia ideal, espiritual pero orgánica.
La de ahora es demasiado cerebral,
y se vende en casquería.

CORDELIA: Lear no dirá que fue plato de segunda en la mesa de Cordelia.
Las primicias fueron tuyas,
pero olvidó retirar las sobras y reservarlas para mejor ocasión.
Ahora Cordelia es correosa y amarga,
y su historia rezuma resquemor y venganza.

- LEAR:** Pido perdón a Cordelia marginada.
- CORDELIA:** Si no es tarde, es demasiado pronto.
- LEAR:** Estoy haciendo un sacrificio, una experiencia religiosa.
- CORDELIA:** El alcance de tus actos no es tan importante.
Tus palabras me son indiferentes. Lo que cuenta es tu deseo.
- LEAR:** No puedes juzgar lo que nace oculto.
No puedes trabajar con lo intangible.
- CORDELIA:** Mi voto de confianza no se da sin pruebas,
y tus argumentos son teóricos, insuficientes.
- LEAR:** Si tuviese otras tres hijas, ninguna fuese Cordelia.
- CORDELIA:** Si tuviese una madre, fuese una puta
que ignorase el nombre de mi padre.
- LEAR:** No te pido juventud, ni encuentro de los cuerpos,
ni desahogo de las glándulas expandidas.
Todo eso lo he gozado ya y su recuerdo me basta;
pero no me basta el odio que me das,
sentimiento que sospecho inauténtico.
- CORDELIA:** Celebro que recuerdes tanto.
Si yo empezase a recordar pronto acabaría,
pues en mí todo es presente sin huella de pasado.
Si mi pasado eres tú, estás borrado.
- LEAR:** Mi estirpe ha gestado una reina magnífica.
Eres hombre que se crece en el combate.
- CORDELIA:** No es halago, sino constatación. No me conmueve.

- LEAR:** Aunque reina e hija malcriada, eres mujer;
algo hallaré que escale tu pared.
- CORDELIA:** Otros lo intentaron y, ¿quién es la reina de Francia?: yo.
- LEAR:** También lo difícil me provoca a mí.
Complicámelo más. No es suficiente.
- CORDELIA:** Quieres gozar a mi costa, ¿eh? No te dejaré.
El terreno es todo tuyo: te amo.
- LEAR:** Ahora no quiero tu amor. Quiero tu cuerpo.
- CORDELIA:** Te asustará lo fácil que es. Cógelo.
- LEAR:** ¡Ah, no! No lo acepto sin luchar. Mi victoria será total.
Te convoco a la guerra.
- CORDELIA:** Bien, Lear. Yo también he esperado este momento.
Elige las armas.
- LEAR:** Mi arma eres tú.
Te matarás de una estocada.
- CORDELIA:** La espada está entre tus piernas,
y no la voy a empuñar.
- LEAR:** Va, cógela. Desenvaina,
bruñe el filo, blande su acero, sacúdela,
vuélvela a envainar.
- CORDELIA:** Prepara la saeta, descubre la diana,
tensa el arco, apunta al centro,
aguanta el deseo, ajusta la muñeca, dispara,
ya.
- LEAR:** Directo al ojo.

CORDELIA: En tu caso, ¿a cuál de los tres?

LEAR: ¡Mi hija querida! Al fin recuperada.
Desagradable, borde y suspicaz. La más.

CORDELIA: ¡Mi padre! El mejor de todos, cuando sólo hay uno.

LEAR: Cordelia, he pensado mucho en nosotros.

CORDELIA: ¡Ah, habéis pensado!

LEAR: En nuestro futuro.

CORDELIA: Soy mujer de presente.

LEAR: No estoy para sandeces. Hablo en serio. Te ofrezco mi alianza.

CORDELIA: ¿Una joya? Si no os queda herencia propia que legar.

LEAR: El trato soy yo. Yo soy mi legado.

CORDELIA: ¿Y qué hago con vos? ¿Espantapájaros?

LEAR: Tú serás mi general.
Con tus huestes invadiremos la Bretaña.
Al empuje del ejército francés
llegaremos hasta el trono que ocupan
esas cerdas rastreras y mujeriles.
Ya oigo sus gemidos y llantos: "padre",
suplicarán, "vuelve en ti, recapacita,
no ataques lo que es tuyo, no nos destruyas".
Ellas gritarán, se arrastrarán, desnudarán
sus cuerpos ante mí. "¡Ah, padre!" Sí,
aquí están, Regania y Gonerila con Edmundo entre las dos.
Ellas se desesperan y se vuelven contra él.
Y él no resiste. Ellas lo arañan, lo quiebran,

desgarran su pecho, su cuello,
explotan sus ojos,
arrancan el sexo con los dientes y me lo tienden,
sus fauces babeando sangre, sus hocicos
cubiertos del esperma de la bestia.
"¡Ag, ag!", ladran; parecen perras salidas,
calentorras; pero son cerdas;
ruines, gordas cerdas revolcándose en estiércol,
en las vísceras de Edmundo,
bañándose en la bilis, en la mugre
que revienta la vejiga.
He criado muchas cerdas y una sola hija.
Vayamos a gozar a la pocilga.

CORDELIA: Tú serás rey, y Cordelia porquera.
Contigo a mi lado ya lo soy. No me convence el trato.

LEAR: Véngate de tus hermanas. Son nueve años burlándose de ti.

CORDELIA: Ya no pienso en mis hermanas.
Ser reina de Francia no es bastante para mí.
Quiero más. Quiero Bretaña.

LEAR: Eres ambiciosa y cruel. Eres hija mía, hija de rey.

CORDELIA: Tus alabanzas me aburren.
No te necesito para saber lo que vale Cordelia.

LEAR: En cambio tu desprecio enardece mi lujuria,
alerta mis sentidos y los poros de mi piel.

CORDELIA: ¿Y constriñe tus esfínteres? ¿Palpitan?

LEAR: Marrana. Mala puta te parió y la superas.

CORDELIA: Mala puta me parió y la supero. Eso me gusta.

LEAR: Mala liendre te habita el coño y alimentas con teta y biberón.

CORDELIA: Mi liendre sabe chupar. Mamona.

LEAR: Sin hombre tu culo es escarcha. Yo te la limpio.

CORDELIA: La escarcha, como el hielo se derrite y me inunda,
me anega la polvorienta matriz,
me moja.

LEAR: Mema.

CORDELIA: Memo tú.

LEAR: Mi nena me mima.

CORDELIA: Mamá mimona.

LEAR: Mamá que mima al nene.

CORDELIA: Mi nene mimado.

LEAR: Mi mona mamá.

CORDELIA: Mama.

LEAR: Mamo.

CORDELIA: Mima.

LEAR: Mimo.

CORDELIA: Mana de mí, sangre mía.
Mana, madre infernal,
mona arrabalera.
Padre, amamanta a tus hijas.

(*CORDELIA muere*)

LEAR: Lear, has estado nueve años fuera
y ahora vuelves a marcharte.
Si sales de aquí, no vuelvas más.